

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

SR. GOBERNADOR

El último número de El Motín fue recogido en algunos puestos por individuos de la policía, sin haber sido denunciado.

¿Cómo no puedo creer que haya partido de usted esa orden, se lo advierto, por si quiere enterarse e imponer el debido correctivo á los que se hayan pasado de celosos.

Pero si me equivocaré en esta apreciación, ruegole que me manifieste si piensa continuar impidiendo la venta de El Motín, para en este caso ver lo que me conviene hacer; si dejar de publicarlo hasta el levantamiento de la suspensión de garantías, ó hacer realmente méritos para que lo denuncien, lo recojan y hasta lo supriman. Que para todo eso servimos por aquí.

Pues que es muy desagradable esto de obedecer ciegamente la ley excepcional, y verse tratado como si se fallase á ella.

Sr. Admor. de Correos

El último número de El Motín no ha llegado á varios puntos de España.

Como tampoco quiero creer que en Correos se detengan los números sin recibir para ello la orden correspondiente, se lo advierto á usted para los efectos oportunos.

A menos que esté usted tan ocupado ó tan preocupado con eso de los desfalcos de Correos, que no tenga tiempo para fijarse en estas pequeneces.

Cómo viven los pobres

LOS POBRES DE MADRID

No pretendo resucitar el conocido melodrama. La pobreza episódica, aunque impresione mucho, dice siempre muy poco.

Además, en estos tiempos de manifestación colectiva, no rige el antiguo sistema de las representaciones. Cada cual representa lo que es; cada pobre es un pobre, que se suma con los otros pobres para manifestarse y para que los cuenten. Se los puede contar en Vallehermoso, congregados por los rigores del invierno; se los puede contar en las desamparadas regiones andaluzas; se los puede contar en todas partes en 1.º de Mayo.

«¿Cuántos son?», preguntan en el *Altaviskarco cantua*. «Muchacho, cuéntalos bien. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... veinte.» «Veinte, ¡y por miles todavía!»

En Londres, en 1880, se contaron 133.709. Los contó uno á uno la caridad.

¿Cuántos pobres existen en Madrid?... ¿Cuántos?

Nadie contesta. Nadie lo sabe. Nadie lo ha preguntado oficialmente.

Situémoslos en un punto de vista bien elegido para averiguarlo por aproximación, teniendo necesariamente que partir de cálculos generales.

La carrera del rico y la carrera del pobre, en la meta de la vida, están aproximadamente calculadas. Determinar el tiempo que vive el rico y el que vive el pobre, es demostrar la energía de cada andarín á través de los años. Andar muchos es vivir mucho, aunque Heródico llegara á viejo agonizando siempre.

Puestos en fila desde la cuna al cementerio 1.000 ricos y 1.000 pobres, y colocándolos a la meta á sesenta años de distancia, irán quedándose por el camino, para no levantarse nunca, 765 de los primeros y 883 de los segundos. Es decir, que llegarán al límite 235 ricos y 117 pobres; es decir, que habrá siempre 118 ricos de ventaja.

Esta carrera, con ser general, dada la situación de los individuos, según las condiciones en que los coloca su fortuna, no es internacional. Si lo fuese sería una carrera de competencia de condiciones favorables ó desfavorables de los países respectivos. Alineados 1.000 de París con 1.000 personas de las que suelen llamarse acomodadas en Madrid, es muy posible que los pobres ganasen la carrera de la vida. De cada 1.000 madrileños mueren 41, y de cada 1.000 pobres de París mueren de 25 á 31. En conjunto, los pobres de París nos llevan una ventaja de 10 ó de 16 supervivientes; que los que nos llevan los ricos, es de 25 á 28.

¿Qué quiere decir esto? O que aquí hay mayor número de pobres, ó que aquí una parte de la riqueza es ficticia, ó que pobres y ricos están contaminados de una pobreza general.

Para demostrar que el rico ó el acomodado de estas riberas del seco Manzanares, se encuentra en peores condiciones que los pobres de las orillas del Sena, baste decir que en todas partes hay una riqueza colectiva, un comunismo higiénico que en Madrid no existe.

Visto Madrid á vista de pájaro, se representa como una ciudad conglomerada en medio de un desierto arenoso. Sin más indicaciones, el observador no podría distinguir dónde estaban los barrios ricos y los pobres. Los edificios se apiñan y se empujan; las calles parecen como encaminadas á cortarse unas á otras; las plazas parecen patios de una diminuta casa de vecindad; los jardines se representan como jardines de juguete: todo está apretado, apiñado, acotado, expropiado, edificado; todo tiene casero. Si se mide en el recinto de Madrid, aun contando el ensanche, la superficie edificada y la superficie descubierta y se precisa la relación entre una y otra, se encontrará que el madrileño en su habitación tiene los metros superficiales que paga con arreglo á su haber, y que en lo que es de todos, en las calles, en las plazas, en los parques y en los jardines, es más pobre, mucho más pobre que el pobre de París. En nuestra taquería de urbanización no existe el comunismo; lo que es de todos es una insuficiente superficie y he aquí por qué todos estamos contaminados de una pobreza general.

Por este lado, en el país sin nubes y sin brumas encontramos que sus habitantes se resienten de pobreza de luz; y en el país sin humo de las fábricas, sin vaho de la industria, encontramos también una pobreza de aire. Somos pobres en dos elementos que hacen ricos á los pobres de los campos. El higienista que nos examinara después de calcular el coeficiente respiratorio, libre y confinado, que proporcionalmente nos corresponde en este desierto de la capital de España, diría que casi todos éramos pobres, cortos de aliento, débiles de respiración, pobres de sangre.

¿Cuántas veces en mis investigaciones acerca de la vida penal he calculado el déficit respiratorio de las cuerdas de un preso! En donde se necesitaban 165.300 metros cúbicos de aire renovable, no había más que 23.069. ¡Un déficit de 142.231! ¡Qué crueldad, qué condenación, qué emparedamiento!

Y, sin embargo, en el mundo hay más. Cálculos bien aproximados demuestran que miles de pobres de Madrid, y entre ellos muchos que no lo parecen, no disponen en sus casas de una capacidad respiratoria superior á seis metros cúbicos, que es generalmente inferior á la del presidio; y en la capacidad colectiva, allá se van las plazas con los patios. Muchos pobres de Madrid pueden decir de su casa lo que Querevedo de su prisión: «Tan húmeda como un manantial, tan oscura que siempre es de noche y tan fría que nunca deja de parecer Enero.» Por eso las celdas de la prisión celular son mejores que las habitaciones de los pobres de Madrid. En la cárcel hay un 7.170 por 1.000 menos de mortalidad que en la población de la corte. La cárcel está instalada á la europea.

A la pobreza respiratoria general corresponde también una pobreza alimenticia general, por causas generales. Madrid urbanamente tiene parecido con las ciudades que se han edificado resintiéndose de la opresión de las murallas, y alimenticiamente es una ciudad amurallada. La cerca la muralla de los consumos, opresora para la vida natural y practicable para el matute; la domina con sus caminos cubiertos y sus contrascarpas, el acaparamiento convertido en sistema, y le dificultan el paso las mermas alimenticias, de notoriedad pública. Antes que un trozo de pan ó un pedazo de carne lleguen á la boca de un consumidor de la corte, le echan el quín vive una infinidad de centinelas de otra infinidad de señores, que si no lo son de boca y cuchillo, casi lo son de nuestras vidas, porque nuestra sangre es quien lo paga. Antes que llegue un poco de jugo á nuestra boca, se esprime en muchas partes. En ningún lado se mantienen de igual modo las formas viciosas de la fiscalización y del sindicato alimenticio; en ninguna parte es tan preciso remover tradicionales obstáculos para mejorar la condición fisiológica de un pueblo. No sé en cifras concretas á cuánto puede ascender el perjuicio que cada uno de esos obstáculos le causa al habitante de Madrid; pero hace algunos años que un periódico industrial demostró que sólo el impuesto de consumos le quita á cada jornalero setenta y cinco céntimos de su pequeña remuneración.

Sin pasar adelante, que espacio y días quedan para estudiar poco á poco la vida de los pobres, y antes de hacer recuento de los verdaderos pobres de Madrid, digamos que aquí lo somos todos, y que no se puede ser otra cosa mientras nos envuelva y nos oprima la pobreza constitucional en que vivimos.

Precisamente en Madrid no existen riquezas radicales. Como capital política representa un modo de producción que no nace ni de la tierra ni de la industria, sino de las doce cosechas del presupuesto, que empobrecen al labrador y no enriquecen á quien las cobra.

Los pobres de Madrid representan una escala con muchos peldaños, desde la indigencia vergonzante á la beneficencia oficial.

Aquí se ha dado nombre á los pobres de levita, porque en verdad sólo la apariencia los distingue, y se podría reproducir á cada instante aquella escena tan conocida melodrama de este título, en que dos individuos de una misma familia salen á mendigar y acaban por pedirse limosna el uno al otro.

RAFAEL SALILLAS

SELLOS CON LOS RETRATOS DE

ORENSE, FIGUERAS, RUIZ ZORRILLA Y CASTELAR

Están admirablemente grabados por el renombrado artista don Bartolomé Maura. Precio de cada sello 25 céntimos.

Se ponen á la venta para fines de propaganda.

Los pedidos á la administración de El Motín.

UNA NOTICIA TRISTE

Hemos leído estos días en un periódico que por la Sección cuarta de la Audiencia de Madrid se había absuelto á una infeliz mujer acusada del robo de unas prendas de vestir, que se habían evaluado en 56 pesetas y 50 céntimos. El fiscal, después de una prueba de testigos, había retirado la acusación por no resultar contra la procesada ningún indicio. La absuelta había sufrido, sin embargo, «diez y seis meses» de cárcel.

¿Podéis leer esto sin ira contra los tribunales y sin conmiseración por la víctima? Cuando se publicó la actual ley de enjuiciamiento se consideró poco menos que imposible que pudiera durar seis meses una causa. Años duran aún siendo por delitos tan leves como la que nos ocupa.

No es tan de lamentar que duren como que á la vuelta de injustificados sufrimientos se haya de reconocer la inocencia de los presuntos reos. ¿Quién los indemniza de su larga permanencia en la cárcel, del desdicho en los negocios, de la separación de seres que tal vez necesitan de su ayuda? ¿Han de recibir hasta como merced del cielo que al fin se los vuelva sin mancha al seno de sus hogares?

¿Sin mancha decimos? ¡Ay! no se borra fácilmente la que cae sobre el que pasa atado el umbral de una cárcel. ¿Estuvo meses en la cárcel? se dice; sus motivos habría. No se atreve nadie á recomendarle, y el que se atreve no deja de murmurar al oído de las personas á quien se dirige: se le absolvió, pero estuvo preso por robo.

Como no fuese para presuntos autores de grandes crímenes ó para reos cogidos «infraganti delicto», no debería recurrirse nunca á la prisión preventiva. Tampoco prorrogarla, si de las primeras averiguaciones, que deberían ser muy activas y rápidas, no resultasen vehementes indicios de criminalidad ó complicidad contra los procesados. De todo auto de prisión y de toda prisión indebidamente prolongada debería exigirse responsabilidad á los jueces. Asombra el número de sobreesimientos y de absoluciones que figuran en nuestras estadísticas, acusa una bastarda y torpe administración de justicia.

Para todas esas gentes que del proceso resultan injustamente presas, ¿cómo no restablecer la debida indemnización de perjuicios? Es lo menos que puede otorgárseles, ya que no es posible devolverles del todo la honra.

No es con todo de esperar tan justa y necesaria reforma. Se dirá siempre que sería cara y agravaría el presupuesto de gastos. No se repara en consumir millones para soldados y clérigos; para reparo de perjuicios á inocentes, se escatima siempre los céntimos.

¿Quién, además, se acuerda aquí de los que indebidamente sufren la persecución de la justicia? Ni jueces, ni magistrados, ni ministros, ni legisladores, ni nadie. Inquieta á pocos el dolor ajeno.

FRANCISCO PI Y MARGALL

La moral de la bancarrota

Perdone el amigo Morote. Ya Cavia le tomó prestado á otro propósito el título de su hermoso libro. Es un título sugestivo. ¿Hay algo que no tenga su moral? La vida entera puede ser considerada desde este punto de vista como una serie de apólogos con su correspondiente epimonea. Vaya ello en griego para mayor claridad.

Y ahora escuchad esta fábula. La sociedad se llamaba *La Liquidadora*, nombre sugestivo también, que nos recuerda muchas

cosas. Esta liquidadora ofrecía á sus clientes de un 100 á un 120 de interés anual. Un día, naturalmente, *La Liquidadora* liquidó. Sus farsantes se hicieron noche. Por una coincidencia inexplicable millón y medio de pesetas se desvanecieron también al mismo tiempo que los farsantes. Los imponentes se quedaron como el gallo de Morón. Es la historia eterna de la eterna doña Baldomera.

¿Que no hay moraleja en esta fuga? ¡Vaya si la hay! Mamerto la expone en El Motín con remuchísimo salero. Los que querían sacar á su dinero un 120 de interés no podían imaginarse que ese dinero se emplearía en obras santas y benéficas. Las cosas benéficas y santas no dan 120 por 100. Sólo la usura y el vicio son tan generosos. Ellos sabían, pues, que su dinero serviría para mantener el vicio ó la usura. O lo que es más cierto, estando en el secreto del timo, cada uno de ellos se proponía estafar á los demás, saliendo á tiempo del negocio con el dinero del vecino. Les cogió la quiebra y perdieron. Fueron por lana y volvieron trasquilados. Rompió su saco la codicia. Castigóles su pecado. Mamerto ríe.

Apliquemos el cuento á los que prestan al Estado. Se les ofrece un 5 por 100, amortización, amplia garantía y un jamón con muchísimas chorreras. Todos acuden al reclamo como las moscas á la miel. Entre escritores verdaderos y falsos, sinceros y fingidos, auténticos y apócrifos, cubren veinticinco veces el empréstito. Ignoran que el propio Villaverde, que ahora crea una Deuda amortizable, acaba de quitar ese carácter á la que antes le tenía? ¿Olvidan que el Estado acaba de mermar en un 20 por 100 los intereses de la Deuda, consumando así una especie de bancarrota parcial? ¿Desconocen que en muchas comarcas de España, nación esencialmente agrícola, según el tópico obligado, la tierra ya no vale nada y nadie la quiere? ¿No ven como languidecen todas las fuentes de producción? ¿No saben que el extranjero sólo consiente en tomar nuestra moneda con un descuento enorme? ¿Les ofusca la prosperidad que algunas contadas regiones deben á sus condiciones naturales y á las morales de la raza que las puebla? ¿Green buenamente al gobierno cuando asegura que España está plétórica de riqueza y bienaventuranza?

¿Qué han de creer! Uno de cada mil no toma estas cosas en serio. Ellos van á hacer la suya, como los imponentes de la sociedad supradicha. Van á ganar diferencias en ese mal afamado garito que se llama la Bolsa. Van, si pueden, á enriquecerse con el agio. Van á jugar con el nuevo papel al juego de «soplavivos». Su lema es el conocido: «Tente mientras cobro.» Esperan que en el diluvio se ahogará el último mono. Cuando llegue el inevitable desenlace y la Hacienda pública, semejante á una liquidadora cualquiera, se declare insolvente, muchos tontos y no pocos que se sabrán pasado de listos llorarán su dinero perdido. Los demás reiremos.

Reiremos, no de la vergüenza nacional; no del descrédito del Estado; no del pretexto que procurará la bancarrota á las ingerencias extranjeras; no del infortunio de gran número de familias, víctimas inocentes de los manejos del agio, viudas y huérfanos, ancianos y enfermos que nunca pudieron dar á sus capitales otro empleo y quedarán en la miseria. Reiremos del chasco baldomero, de los avisados, del justo castigo de los codiciosos y egoístas. Por ventura no obliga la riqueza? No tiene el rico que cumplir una misión social? ¿Se puede *ad libitum* preferir en la social colmena el papel de zángano al de abeja? Los que tienen en su mano el instrumento de nuestra regeneración y fabrican con él nuestra miseria; los que consienten, por una especie de alta traición económica, que el capital extranjero nos conquiste; los que ven indiferentes secarse por falta de capitales todas las fuentes vivas de la producción nacional; los que dejan erial y esteril la mitad de nuestro suelo, dedicándose ellos á cortar el cupón, ¿no cometen, por ventura, un delito de lesa patria? ¿Pues qué, les diremos el día en que llegue para ellos la merecida sanción, creáis que nuestro desgraciado oficio no tenía quiebras ni peligros? Agota el labrador sus fuerzas en un trabajo de gigante para que la helada ó el granizo frustren en una hora sus esperanzas y le arrebatén el producto de su esfuerzo, ya tan mermado por el fisco y la usura. Da el industrial tormento á su cerebro y antecede sus capitales, entregándolos á los azares de la competencia. Estudia el comerciante su negocio y se afana y vive sin sosiego, á merced de las oscilaciones del mercado, siempre bajo la amenaza de la quiebra. Pone el intelectual el alma entera en su labor, hasta caer víctima de la fatiga, la vejez, la neurastenia ó la locura, sin que su misera retribución le permita preservar su porvenir de la indigencia, y seríais vosotros, los inútiles, los ociosos, los que nada hacen ni para nada sirven, los únicos que viviríais pertrechados contra toda eventualidad y libres de todo riesgo?

El capitalista en España es una gran calamidad. Aquí donde casi nadie cumple con su deber, casi nadie deserta tan por completo el suyo como lo hace el capitalista. El está amputado á rape de la conciencia de sus deberes sociales. Carece por entero de la inteligencia y la iniciativa que fecundan á la riqueza. Su ciega codicia le impulsa á exigir intereses enormes que dan por resultado el encarecimiento del capital, el más grande de los infortunios económicos que pueden afli-

gir á un pueblo. Busca en el agio y el juego las ganancias que sabe obtener de la producción. Se procura lucros fáciles del usurero. El dinero le sirve de título al ocio, con todos los vicios consiguientes. Así nace esa alta burguesía estulta y presuntuosa, omnipotente é inútil, beata y corrompida que nos ha llevado al desastre y nos conducirá al sepulcro.

A grandes males, grandes remedios. Sólo un terremoto económico, una de esas tremendas enseñanzas de la austera realidad, que arrancan trozos de la carne y pedazos de la piel, como diría Silveira en una metáfora de su sanguinaria retórica, sería capaz de corregir defectos tan arraigados. Es menester que los capitalistas se desacostumbren de la usura pública y tomen á la Hacienda un miedo cerval. Aquel día, so pena de meter su dinero bajo un ladrillo, tendrán que ingeniarse para buscar un empleo verdaderamente productivo, una ganancia legítima. Entonces habrá en España capital.

ALFREDO CALDERÓN

CURADO DE ESPANTO

En otro tiempo, cuando yo creía en una porción de necedades, el amor al prójimo inclusive, y rendía culto á sin-número de zarauzajas, la justicia entre ellas, ¡cuál me hubiera indignado la lectura de esta noticia!

«El miércoles halló la policía dos hombres en la playa del Postiguet (Alicante), atribuyéndose su muerte á la más completa miseria. Es horrible este dato; uno de ellos había estado varias veces en la Diputación pidiendo albergue en los establecimientos de beneficencia, sin haber podido conseguirlo.»

¿Cuál me hubiera indignado, repito, y cuántas enérgicas protestas habría formulado! Afortunadamente para mi reposo soy ya hombre práctico, sé ponerme en la razón, y se me da una higa de que reventen las nueve decimas partes de la humanidad, con tal de que la restante goce y se divierta, formando yo, por supuesto, en las filas de ésta.

Trabajillo me ha costado llegar á esta higiénica indiferencia que facilita la digestión y el sueño, á este encantador egoísmo que mantiene inalterable el ánimo y sereno el espíritu, pero cada día estoy más contento de haberlo alcanzado; que no era vida la que antes llevaba.

No, no era vida; era un tormento constante, una irritabilidad perenne... Hablaba, y mi acento asemejábase al de Jeremías; pensaba, y mis pensamientos eran lúgubres; escribía, y en cada párrafo palpitaba una imprecación ó un anatema; y todo por preocuparme de lo que maldita la cosa me importaba.

Veía un niño pidiendo limosna en el quicio de una puerta, á las dos ó las tres de la madrugada, en invierno, tiritando de frío, y me retiraba á mi casa declarando neciamente contra el orden social, tardando luego dos ó tres horas en dormirme.

Me enteraba de que una mujer había echado á la Inclusa á su hijo por no poder alimentarle, y me duraba el disgusto un par de días, dándome á inventar planes de reforma que evitaran en lo sucesivo casos tan horribles.

Leía que los trabajadores de tal ó cual región carecían de pan, y echaba pestes contra la desigualdad de fortunas, y vuelta á mi eterna manía de trastocarlo todo para arreglarlo todo.

Y donde quiera que aparecía un mal, triunfaba una injusticia ó se cometía una infamia, allí estaba yo, indignado, hecho un enérgico y un *tiipejo*, vomitando bilis y dispuesto á romper lanzas con to lo bicho viviente.

Lo fin, que me pasaba la vida metiéndome hasta en los charcos por meterme en todo, ora hipocondríaco, ora sentimental, ora irracundo, y siempre estúpido, sin ganas de comer ni de dormir, en ridículo, y expuesto á sufrir un percamance.

Si leo entonces la noticia de la muerte de esos dos hambrones, ¡Cristo mío, y qué de cosasas hubiera dicho de la beneficencia, de la Diputación, de la caridad oficial, de la privada, del clero y hasta de Dios! No quiero ni pensar en las atrocidades que se me habrían ocurrido.

Mientras hoy, curado de tonterías, hecho ya un hombre, y dispuesto, lo mismo á faltar á mi palabra que á un juramento, á vender á mi partido que á estafar consideración, respeto y aun dinero, hoy la he leído con la más soberana indiferencia, sin que un músculo de mi rostro se contraiga ni una palpitación más indique que mi sangre se agolpa con doble fuerza á esa viscera donde antiguamente se hacía radicar el sentimiento, contentándome con exclamar después de leerla: — ¡Venga el almuerzo!, y pensando para mi capote en que voy estando en condiciones de aspirar á todo

en este país, pues ya soy tan canalla como cuantos no se indignan ni protestan contra la sociedad que ve sin comoverse morir dos hombres de hambre.

JOSÉ NAKENS

TIENEN RAZON

Lee en los periódicos que se eleva ya a 40.000 el número de obreros declarados en huelga en Río Tinto.

No sé lo que piden, pero aseguro de plano que los huelguistas tienen razón, y su acuerdo de declararse en huelga me es profundamente simpático.

Es indiscutible que por grandes que sean sus exigencias, no llegarán ni con mucho a la de la mitad de lo que se les debe.

Figúrate que en el fondo de un abismo hay un tesoro. Yo lo sé y os digo: «¡Allá abajo, donde no llega ya la luz del sol, está el oro que deseo; para alcanzarlo es preciso desafiarse a la muerte que acecha desde todas partes al que intente descender. Bajad vosotros, y los que consigáis llegar, traedme cuantas riquezas halléis. La operación será larga; habréis de bajar y subir muchas veces. Todos los días quedará alguno de vosotros en el camino. Os daré lo justo para que no os muráis de hambre. Viviréis mientras el trabajo dure, y para mí será completamente el tesoro descubierto.»

Pues esto, tan horrible, tan absurdo y tan infame, es lo que pasa, no corregido, pero sí aumentado en Río Tinto.

Yo he visto a aquellos obreros, yo los conozco. Todos parecen iguales; la desgracia tiene su fisonomía especial.

Río Tinto no es un pueblo, es un infierno; un infierno como no hubiera podido imaginario la poderosa inventiva del Dante.

Un terreno árido, sin un árbol, sin una mata, sin una hierba, lleno de abismos hondos, muy hondos, como que ya los romanos explotaron aquellas minas. Sobre ese terreno es sólo posible la vida a un animal, al hombre; al hombre, porque sabe conocer y huir del veneno que lo invade todo. Ni un perro vive sobre aquel suelo, ni un pájaro atraviesa aquella atmósfera llena de asfixiantes vapores de azufre. No encontrarían las pobres aves ni una rama en que posarse, ni un grano, ni un insecto que devorar, ni un arroyo en que beber; las aguas del río bajan envenenadas por el cobre, parecen sangre. Una flor es cosa allí nunca vista, y el mejor obsequio que podría hacerse, por lo raro, a una dama. Para pasear por Río Tinto es indispensable ir con un pañuelo en la mano y taparse al llegar a muchos sitios boca y nariz, si no se quiere perecer asfixiado.

Sobre aquella tierra viven esos miles de obreros. Bajan a las minas en cajones cuyas cuerdas suenan a menudo romperse. El número de obreros muertos en Río Tinto, y con ocasión del trabajo, es inabarcable. Con linternas alumbran las tenebrosidades de las largas galerías, residencia habitual de muchos.

Fúndese en los hornos el metal, y junto a los arroyos de fuego que forma trabajan los obreros que no descienden a las minas ó que no cargan en las vagonetas el mineral apilado en los montículos de las calcinaciones.

¿Qué vida tan triste la de esos miles de hombres condenados por la miseria a vivir entre la aridez y la muerte! Y allá, a lo lejos, sobre su cabeza, brilla espléndido el rayo de Andalucía, que va a buscar a veces con un solo de luz al miserable en su escondrijo para decirle que alumbra otros lugares fértiles, otros hombres felices.

Una poderosa Compañía inglesa explota a un tiempo las minas y los hornos.

Río Tinto es un feudo de esa Compañía. No hay allí más comercio que el suyo, y desde las alparagatas a la gorra que el obrero usa, y desde el pan con que se alimenta hasta el alcohol con que lo embriutece, todo sirve para obtener un nuevo lucro, que traduciéndose en conclusión en una merma de jornales, representa una economía más en la explotación de los filones.

El Estado obtiene sus ventajas con la enajenación de Río Tinto. La Compañía ve sus acciones por las nubes. Para todos significa un bien la existencia de las minas, para todos menos para los que les arrancan los tesoros que encierran.

Muchas veces, pensando en Río Tinto, me he entregado a lúgubres fantasías. Me ha parecido ver las sombras de los esclavos de Roma, que en lejanos siglos trabajaron y murieron en aquellos lugares, recorrer silenciosas las galerías, los hornos, el monte de las calcinaciones, las orillas del envenenado río, y lanzar miradas de desdén y de compasión sobre esos miles de trabajadores, hombres, mujeres, niños, todos tristes, todos fatigados, todos miserables, y todos, sin embargo, ciudadanos de un pueblo que se llama libre y se vanagloria de haber suprimido la esclavitud.

F. PI Y ARSUAGA

EL MORALÍMETRO

La prensa que se llama y tiene por religiosa, predica una nueva cruzada contra la inmoralidad de la prensa.

No tengo que arrepentirme de haber perdido muchas horas de mi vida en conocer la literatura obscena ni en deleitarme morosamente con el arte pornográfico, si bien he gustado el franco naturalismo de diversas obras maestras.

Al efecto, no he tenido que atenerme a precepto alguno prohibitivo y previamente impuesto. Esa repugnancia hacia lo lúbrico abyecto, diseñado ó escrito, es en mí instintiva, me sale de adentro; pero declaro con toda sinceridad que desde Longus hasta Brantome, sin olvidar a ninguno de los más desnudos noveladores de la Edad Media y del Renacimiento, sin eliminar al mismo Boccaccio, no se ha hecho nada tan vitando como lo que con escaso ingenio suele producir la licencia contemporánea, nacional ó importada.

Se ha declamado con exceso contra el paganismo, y en nombre del espiritualismo, llamándole sensual; mas la crítica, preocupada, no tuvo presente que cuando en el templo de Venus Física se alzaba junto al pedestal de la diosa el cono de piedra llamado *Omphalos*, símbolo de la Tierra, que sustituía la ima-

gen de la madre Maía, ese simbolismo tenía un carácter sagrado que no ofendía a la sociedad, puesto que las matronas severas llevaban por dígito la aludida figura.

Los paganos expresaban la interpretación de la vida con sus energías y bellezas, tal como ella se ostentaba, y armonizándola con creencias y prácticas del politeísmo.

Los escritores cristianos obedecían a la extraña mezcla de cultura y grosería dominante en las épocas citadas, y aun así la graciosa sencillez del estilo y la espontaneidad con que contaban los trances más peliagudos, inclinaban a la benevolencia para con los autores reprobados. Cuando la galantería pasó a ser un culto de los que van desapareciendo, la pluma maliciosa y alegre, atrevida y caballeresca de los cronistas de devaneos ó fantaseadores de aventuras amorosas, no degeneró tampoco en la decadente manera contra la cual me pronuncio.

Las canciones del humano dueto, que resuenan y resonarán por los ámbitos del mundo mientras en él brote la vida, son rientes, pero no acanalladas; la belleza de la forma en los cantantes, y principalmente en ella, es la natural, no la que el vicio desfigura; los ensueños y arrebatos del amor, ley incontrastable de las almas, son inspiración del verdadero artista, nunca asunto para la ficción de lo innoble y degenerado. Coloquémonos, pues, sin confundir el cieno con la materia artística, al lado de la libertad y en contra del libertinaje. Véase cómo.

Tratemos de conocer la moral del arte. Así como el metro es la diezmilésima parte del meridiano que pasa por París, el *moralímetro* es una pequeñísima fracción del inmenso círculo de hipocresía que abarca el mundo formalista. Este instrumento es aplicado por hombres serios a toda obra artística para medir la extensión de su moralidad.

La producción es inmoral en literatura, según ellos, cuando describe una sola fase de una sola pasión en la complicada naturaleza humana: el amor en acción; ó cuando pinta uno solo de los elementos componentes de ese amor: el cuerpo de la mujer.

En este segundo caso delinquen también las Bellas Artes, y a veces basta con que la pluma, el pincel ó el buril traten algo más que la cara y las manos, para que se aplique el *moralímetro* a la obra y quede comprobada la inmoralidad.

Proceder de esta suerte equivale a tapar con el ceniciento sayal de la escuálida época milenaria la sublime Venus marmórea de Grecia; a borrar con el hisopo el hermoso fresco de las *Bodas de Cana*; a matar de un bonetazo el ósculo que anida en la sonriente boca de la joven horaciana. Es la odiosa protesta contra la renovación del espíritu verificada hace tres centurias.

Los autores más ocasionados a incurrir en supuestos delitos contra la moral de convención, son aquellos que sienten el arte con la latitud que la verdad da a la expresión de lo bello. Aquellos que saben mirar frente a frente la desnudez de la forma humana, sin que un falso rubor tiña su rostro; los que jamás han sospechado que la mirada del vicioso puede hallar en la casta dignidad de la actitud hermosa la contorsión lasciva que degrada lo que modela.

Si alguno de esos autores desabrocha con mano que el juvenil ímpetu guía la vestidura de la cortesana, hágalo con sinceridad y con el dolor de ver perdido para las pasiones entusiásticas aquel tesoro de delicias, bajo ricas telas encubierto.

Describe con arte; y después, como no delinque, porque el vicio no le impulsa, ponga risas en los cuadros de las Magdalenas gozosas, como el Veronés ponía lágrimas en las Magdalenas penitentes, dignificando por el sufrimiento la desnudez de las pecadoras.

Por natural inclinación a la belleza, no soy de los que se atreven a aplicar el *moralímetro* a las formas palpitantes en estrofas, párrafos, lienzos y mármoles. Deseo que el fresco número revolotee por las regiones de su gusto, sin que las tijeras de una crítica hipócrita le recorten las blancas alas, ni le conviertan los unos dosos mechones de áureos cabellos en simétricas crenchas de sietemesino.

El día aciago en que un artista, escritor ó plástico supla los vivos colores de su paleta con el gris de la meticulosidad, se entiente que renuncia a sus triunfos más legítimos.

F. MOJA Y BOLÍVAR

GLORIA

Aspiración constante de la vida, anhelo misterioso que arrebató a los hombres el reposo lanzándolos a lucha suicida. Por alcanzar tus dones

cambia el mortal su plácida existencia en batalla de dudas y pasiones, renuncia a sus más bellas ilusiones y se expone a la muerte ó la demencia.

Tu imagen aparece deslumbrante de mágica hermosura, que entre luz y colores resplandece, y a los hombres se ofrece fácil conquista de mujer impura. ¡Mas, cuán difícil es el alcanzarte! La ciencia, el genio, el arte, se disputan sin tregua la corona que les brinda tu mano, y hacen juntos esfuerzo sobrehumano, que la fama en los ámbitos pregona.

Por ti muere la tierra en la homicida guerra el candilillo que aspira a tus favores. Por ti cruza el piloto el océano ignoto

imponente y terrible en sus faros. Por ti también el sabio, lentamente arranca de su mente las ideas que en ella se elaboran

á expensas de su sangre y de su vida, mientras tú, desdeñosa y fementida, de aquellos que te adoran recibes homenajes en tu trono, altiva, indiferente,

é incitas con tu rostro sonriente á redoblar la lucha y el encono de los que, en lid terrible, se disputan el lauro inmarcesible con que fingen brindarles cariñosas tus manos generosas,

que la ofrenda preciada más retiran cuanto más anhelantes sus labios palpitantes por lograrla suspiran.

¡Cuántas penas crueles! ¡Cuántas vigiliadas que la vida acortan los mortales soportan

por ceñir á su frente tus laureles! El que en lides sangrientas la muerte cara á cara desafia; el que arrostra animoso las tormentas que se desatan en la mar bravía;

el que sin tregua exprime el jugo de la mente creadora; el que, afanoso, sin cesar, labora en la obra sublime de redención social... Todos á una

anhelan la fortuna de alcanzar tus favores. Y tú, entretanto, indiferente, esquiva, te sostienes altiva

en tu trono que irradia resplandores. Y á los que, caprichosa, con tus dones ansiados favoreces, obligas á apurar hasta las heces la copa ponzoñosa

del dolor y la duda; y cuando están sin fuerza, aniquilados de la batalla ruda

en que por ti estuvieron empeñados durante su existencia por alcanzar tu amor y poseerte, tú, firme en tu inclemencia, aún quieres complacerte

en no otorgar tus dones sino envueltos en lúgubres crespones que cubran los despojos de la muerte.

JOSÉ CINTORA

LA PROPIEDAD ES UNA ILUSIÓN

Tal es la tesis, paradójica en la forma, pero con algún fondo de realidad, que sostiene Tefilo Gautier en uno de sus más originales escritos:

«Teneis en vuestra morada—dice el gran estilista—veinte soberbias salas, cuyas paredes están cubiertas de cuadros de Rafael y del Ticiano; pero como no poseéis el don de la ubicuidad, no habitáis más que una sola pieza á la vez, y aun teneis que conformaros con un solo rincón de la estancia.

Vuestros cuadros pertenecen á todos cuantos los contemplan, y si los que visitan vuestra galería son artistas, disfrutan de ellos más que vosotros mismos.

Sois dueños de una fortuna que os permitís comer veinte veces al día; mas, por desdicha, la indigestión os detiene á la tercera. Vuestras bodegas están repletas de exquisitos vinos, pero no podéis apurar más de tres ó cuatro botellas diarias, y eso si os lo permite la jaqueca del siguiente día.

Aunque tengais treinta caballos en vuestra cuadra, no podéis montar más que uno solo, á menos que trateis de imitar á los artistas del Hipódromo, lo cual no es para nadie una ventaja.

En vano se acumula sin cesar: la naturaleza se opone al monopolio con sus leyes, que nadie quebranta sin ser al punto castigado por la enfermedad ó por la muerte. El rico, el propietario, puesto que por su nombre hay que designarle, se ve obligado á llamar en su auxilio, para gastar su hacienda, una legión de parientes, de amigos, de queridas, de parásitos, de obreros; todo un mundo que vive de su jugo.

Cuanto á su gusto puramente personal, se reduce á bien poca cosa; y de ese espléndido festín, el dueño de todo es de seguro quien se come la menor parte.

¿De qué sirve poseer las viñas de Chateau Lafite, si se tiene una capaci-

dad de bebedor menor que la del borracho de la esquina?

¿Proporciona acaso el harem las fuerzas de Hércules?

La verdadera riqueza consistiría en tener más dilatados sentidos, un estómago doble, un vigor séxtuplo que os permitiesen concentrar en vosotros mismos los apetitos, los deseos y los amores de quince ó veinte hombres.

Por una admirable ley de equilibrio, más allá de un punto determinado se pierde la proporción entre las cosas poseídas y el poseedor. El propietario no es más que el intendente de los que nada tienen.

Los goces son idénticos para todos. Rothschild no tiene más remedio que conformarse con el mismo cielo que un periodista, y no puede encargarse para él solo una puesta de sol especial más rica, más espléndida, ni todo su oro podría añadir un rayo de luz á las magnificencias de la tarde.

El mismo aire hincha todos los pulmones; la misma sangre circula por todas las venas; todo el mundo tiene las mismas ventanas abiertas al espectáculo de las cosas.

Cada cual no posee, en realidad, más que su pensamiento y sus sentidos.

Todo cuanto en este mundo vale algo, es gratuito. El genio, la belleza, el amor, no se adquieren.

El más opulento banquero de la tierra daría en vano toda su fortuna por hacer una estrofa de lord Byron.»

La moral y el teatro

Hace veinte años que combato en el mundo literario. He leído respecto á mi innumerables cosas extravagantes; he recibido á mi paso montones de injurias imprevistas; me creía blando, incapaz de asombrarme de nuevo, pero ciertos críticos han jurado sorprenderme siempre. Hace quince días que permanezco estupefacto delante de unos hombres extraordinarios que han declarado inmoral á *Pot-Bouille*, la obra que Mr. William Busnach ha arreglado tan hábilmente, tomándola de mi novela.

¿*Pot-Bouille* inmoral! El colmo de todo esto es que una parte del público ha aceptado este embuste. Todos los palcos del Ambigu se toman con tres días de anticipación. Los hombres van á ver la obra como bomberos, para ver si pueden llevar á sus esposas. Entran al teatro echando miradas recelosas hacia atrás, temiendo ser vistos por sus porteros. Es una voz que recorre la ciudad entera. «¡Ay, querida, qué pieza tan espantosa! Parece que está llena de horrores. Mi marido ha ido á verla dos veces y todavía no ha tomado una resolución.» Estoy por creer que los maridos aprovechan la ocasión para correr aventuras sospechosas.

¿*Pot-Bouille* inmoral! En vano me oprimó la cabeza con ambas manos y me pregunto con angustia lo que puede ser moral en el teatro. En el fondo he creído siempre que la moral y el teatro son dos cosas distintas, y que bastaba que una pieza entretuviera y la hicieran bien, para tener utilidad. La mayor moralidad de una obra, es ser una obra maestra.

Circunscribámonos á la comedia. ¿El teatro de Moliere, es moral? ¿Debo tomar como ejemplo de moralidad á *Jorge Dandin*, á *Tartufo*, ó *El Misántropo*? Veo en esas obras personajes repugnantes y frecuentemente triunfan en ellas los bribones. Los teatros del mundo entero viven de los crímenes y de los vicios. El talento lo purifica todo, como la llama.

Pero es inútil que á propósito de *Pot-Bouille* nos perdamos en consideraciones ya tan discutidas. No es cuestión aquí del arte por el arte. Quiero admitir que toda obra debe ser una anecdota de moral en acción; admito que un autor tiene el deber de concluir por una lección moral, so pena de hacer una cosa mal hecha; y hallo que *Pot-Bouille* está basado precisamente en la fórmula impecable que hubiera debido conmovir de alegría á los virtuosos moralistas de la prensa.

Mi opinión sobre la obra es sencilla: es tonta á fuerza de ser moral.

Consideradla de buena fe; examínadla. ¿Qué dice? Ahí tenéis una familia consumida por la necesidad de figurar. La llaga contemporánea está allí, en ese amor al dinero, en los malos ejemplos dados á sus hijos por una madre que persimula la estupidéz y la vanidad de nuestra vida actual; y se plantea la cuestión del matrimonio como se redondea un negocio fraudulento, haciendo de antemano insostenible la vida conyugal, que concluye fatalmente en el adulterio. En el desenlace, ese mal fermento ha desorganizado la familia, de la cual no queda ya nada: la madre imbecil morirá miserablemente; una de sus hijas huye con un amante y la otra es repudiada por el marido, mientras que el padre, el hombre honrado, muere de dolor. ¿No os basta? ¿Qué lección moral necesitáis entonces?

No es esto todo, sin embargo. El adulterio, poetizado por la literatura romántica de ayer, es en *Pot-Bouille* castigado como un animal inmundado. Jamás, hasta ahora, se había dicho tan enérgicamente á las mujeres vacilantes, que la falta es miserable y vulgar, y que todo su interés está en ser felices con sus maridos, aun cuando no sean éstos inteligentes ni hermosos. Ese amante en cuyos brazos caen es un amigo de aventuras, que por una hora de retardo en una cita, se dedicará á amar á la primera que halle á su paso.

Hay, además, el coro de sirvientes, el coro antiguo, como se ha dicho muy acertadamente, la voz de abajo que juzga á los amos. Cada debilidad del salón es arrastrada á las inmundicias del interior. ¿Todavía no tenéis bastante? ¿No estáis hartos de moral?

Para mí—y lo deploro—hay demasiada. Ese pobre amor-culpable, esa familia enferma de hipo, son realmente castigados con mano demasiado ruda. M. Busnach lo ha comprendido tan bien, con su olfato del teatro, que se ha cuidado de cortar en la novela lo negro del drama; habra sido una sátira insoportable. M. Busnach ha dado

á las cosas un giro cómico, que á veces raya en la farsa, lo que es una prueba de su fino espíritu. La obra ha resultado así una de las más entretenidas que se hayan representado desde hace mucho tiempo. Desde ese momento nos hallamos en plena moral de buen humor. Los vicios han desaparecido casi, no hay ya más que ridiculo. A veces se descubre bajo el chiste una lección amarga, pero, ¿no es precisamente la vieja divisa del teatro castigar las costumbres haciendo reír? En el lugar de M. Busnach, yo enviaría la obra á la Academia y pediría para ella el premio Monthyon, pues ninguna otra se ha atrevido á atacar tan abiertamente la familia y el matrimonio de nuestra época. Si no se ve en su autor un moralista, no sé lo que quieren decir las palabras, y entrego á la crítica mi pobre cabeza atormentada y doliente.

Cierto es que todo el mundo no encuentra á *Pot-Bouille* inmoral. Es un refinamiento de mala fe que pertenece sólo á las naturalezas escogidas. Otros, deseando reconocer la severa lección contenida en la obra, deploran algunas de sus frases y algunos personajes episódicos. Según ellos, son detalles que han bastado para escandalizar á las almas escrupulosas.

A la verdad, hay en esta una rara delicadeza. No me imaginaba que personas acostumbradas al pésimo estilo de las operetas *sans complets*, pudieran sentirse heridas por un lenguaje franco, que llama á las cosas por sus nombres. El mal estriba sin duda en que no estamos en una ópera cómica, y en que los sirvientes hablan como sirvientes. Pero, ¿qué ha de hacerse cuando no se tiene un poeta á mano para que traduzca á un lenguaje noble el estilo ordinario de la vida?

Esta cuestión del lenguaje en el teatro es tal vez el más serio obstáculo que se opone y se opondrá, por mucho tiempo aún, al triunfo de la verdad. Pueden imaginarse todas las situaciones; el repertorio está lleno de bribones abominables y de crímenes odiosos, pero es precisamente en las obras afeminadas de los autorcillos que encuentran combinaciones realmente inmundas. Sólo interviene la forma, pomposa para los trágicos, dulce para los galatines du succès.

Todo pasa entonces; la expresión falsa oculta lo repugnante del fondo; los hechos más condenables se desvanecen en una bruma incolora é insípida que el bueno del público traga como un bombón. Vosotros conoceréis esas obras en las que ni uno de los personajes tiene un lenguaje personal, en que las mismas frases tibias brotan de todas las bocas; mas como hay en ellas una ausencia total de estilo, la crítica se apresura á juzgarlas como muy bien escritas.

Se comprende entonces perfectamente el estupor que causa un autor que se preocupa de hacer hablar á cada uno su lenguaje. ¿Cómo! ¿Esa sirvienta no habla como una duquesa? ¡Es horrible, monstruoso! ¡Y ese marido, que en una disputa terrible con su mujer no tiene la nobleza de Menelao y lleva su arrebatado hasta pronunciar una palabra grosera! ¡Qué horror! El hombre que ha escrito ese diálogo debe vivir en un mundo singular para creer que cuando uno se enoja se muestra violento. Los demás personajes también son repugnantes. ¿Creeisais que no conversan con frases hechas, sino según su personalidad y obedeciendo á su naturaleza?

Ese es el espanto; una forma tan verdadera no puede tolerarse. Por eso lo que se ve en los teatros vecinos, pero los períodos banales adormecen los escrúpulos del público.

Sucede lo mismo que con los dos personajes episódicos que han sido criticados en *Pot-Bouille*, un viejo calavera que mantiene á una mujerzuela y un joven que se distrae con las sirvientas. ¿Pueden existir dos pillos semejantes? Nunca se ha visto eso, ¿no es verdad?

Me he quedado estupefacto ante esta explosión de disgusto, y confieso que no comprendo ni una palabra. Nada menos nuevo que esas dos figuras; están cansadas de arrastrarse en los *vau-deuils* del *Palais-Royal*. ¿Por qué lo que es permitido en otras obras, en *Pot-Bouille* es inadmisibles? Siempre la cuestión de forma. La verdad subleva el corazón, mientras que la fantasía halaga la sensualidad de la sala. Yo lo más curioso del caso es que los dos personajes tomados de la novela están de tal manera atenuados, que desafío á toda mujer verdaderamente honesta á que se indigne de buena fe. La otra noche oí decir á una joven al salir del Ambigu: «Pues son muy entretenidos. ¡Y decían que eran tan horrosos!»

Precisamente ayer leía el prefacio que Beaumarchais escribió para *Le mariage de Figaro*, y me sorprendió una extraña coincidencia; si yo fuera el autor de *Pot-Bouille* no tendría más que copiar ese prefacio; la mayor parte de sus frases se aplicarían exactamente á mi obra.

El 27 del próximo Abril se cumplirán cien años de la primera representación de *Le mariage de Figaro*, verificada después de nueve años de lucha sostenida por su autor y en medio del inmenso bullicio de todos conocidos. El éxito fué enorme. La obra hizo reír á todo París, lo que no impidió que fuera la más atacada, más discutida, más arrastrada por el lado. Salieron á luz libelos, epigramas y folletos, y Beaumarchais, que no se dejaba ahogar sin gritar, gritó á más y mejor.

Se le reprochó, como á mí, su indecencia teatral, y respondió: «A fuerza de mostrarnos delicados y finos conocedores, y de afectar, como ya lo he dicho, la hipocresía de la decencia allí donde se encuentra el relajamiento de las costumbres, nos convertimos en seres nulos incapaces de divertirnos y de juzgar de aquello que nos conviene.»

Se le reprochó, como á mí, su mezcla de sirvientes y de amos, y respondió: «He pensado y pienso aún, que no se obtiene ni lo patético, ni lo profundamente moral, ni lo verdaderamente cómico en el teatro, sin situaciones fuertes que nazcan siempre de una desproporción social.»

Se le reprochó, como á mí, el no llevar más que bribones á la escena, y respondió, acentuándose en esto más aun la semejanza: «Toda esa gente está muy distante de ser virtuosa; el autor no la presenta como tal; no es dueño de ella, es el pintor de sus vicios. ¿Acaso porque el león es feroz, el lobo voraz y glotón, el zorro astuto y cauteloso, deja la fábula de ser moral?»

Más adelante recuerda que los hipócritas del tiempo de Moliere decían de éste que era un *libertino*, un *impío*, un *aleo*, un *demonio vestido de hombre*. Y agrega en seguida: «No se corrige á los hombres sino haciéndolos ver tales como son. La comedia útil y verdadera no es un mentido elogio, un vano discurso académico.» ¿No estamos en pleno *Pot-Bouille*?

Por fin—pues es necesario terminar—se le reprochó, como á mí, que sólo pintaba malas costumbres de fantasía. Aquí la semejanza de opiniones es verdaderamente singular. Beaumarchais dijo: «El gran defecto de mi obra sería que no la hubiese hecho observando el mundo, que no la pintase nada de lo que existe y no recordase nunca la imagen de la sociedad en que se vive, y que sus

costumbres, bajas y corrompidas, no tuviesen ni el mérito de ser verdaderas.»

«Ay, amigos míos, dejadme reír! Me parece estar leyendo los artículos que se amontonan desde hace dos años sobre mi novela, y los folletines con que hace quince días se ha tratado de aplastar el drama. Las mismas palabras, las mismas frases. Braumarchais, al escribir su prefacio, no sospechaba seguramente que me defendería un siglo después.

Ahora no abrigo más que un deseo: que *Pot-Bouille*, después de haber sufrido los mismos ataques, tenga la misma fortuna que *Le Mariage de Figaro*.

Pero no quería concluir sentando plaza de necio. He roto lanzas contra las gentes que han declarado la obra inmoral, y dudo que la inmoralidad sea el objeto de sus preocupaciones. En el mismo prefacio de Beaumarchais se halla este pasaje típico: «Hay por lo general mucha distancia de lo malo que se dice que hay en una obra, a lo malo que se piensa que hay en ella. El pasaje que nos persigue, la palabra que nos importuna, permanece oculta en el corazón, mientras que la boca se venga hirviendo todo lo demás. De manera que debe considerarse como cosa establecida en el teatro, por lo que respecta a reproches hechos al autor, que lo que más nos afecta es aquello de lo que menos se habla.»

Pues bien. Yo concluyo por creer que las personas que se han disgustado, lejos de hallar inmoral a *Pot-Bouille*, lo han considerado demasiado moral. Tal vez hay en su existencia sirvientes, casamientos indecorosos o adulterios que sangran aún. Me imagino que ciertas palabras han ido a revolver heridas secretas, y esto les ha arrancado su grito de dolor.

¿Cómo explicar si no el silencio que guardan sobre la severa lección de la obra? Si no hablan de ella, como tan sutilmente dice Beaumarchais, es porque esa lección es la palabra importuna que permanece sepultada en el corazón como la hoja de un puñal.

Si, *Pot-Bouille* es demasiado moral, demasiado duro para vuestros vicios; descubre brutalmente la úlcera de la época; y si a pesar del grande éxito de la primera representación ha habido al día siguiente cóleras y barro lanzado al rostro de los autores; si se ha pretendido asesinar la pieza en ciertas crónicas, como se suprime en un apartado rincón de un bosque a un hombre que molesta, es menester buscar la única razón en las verdades con que ha azotado el rostro de las gentes. Bajo la sonrisa, han sentido el latigazo. No se quiere que sea moral, porque todos rehúsan aceptar la lección.

La obra hará camino, tarde ó temprano, y todo esto no ha sido escrito más que para añadir una línea a la historia literaria de nuestro tiempo.

Si tengo algún crédito entre la burguesía francesa, le diré que no guarde rencor a la obra se pretexto de que maltrata a los burgueses. No ofrece peligro para las familias; su franqueza no perturbará ninguna cabeza. Podéis llevar a verla a vuestra esposa y vuestras hijas, y si se sublevarán entre carcajadas, tanto mejor: la moral habrá tenido su alcance. Desafío a toda joven romántica, a toda esposa culpable a que salga del ambigü sin estremecerse.

La verdad es sana: en el estercolero de la mentira nacen todas las faltas.

EMILIO ZOLA

EL PROBLEMA ETERNO

Todos los siglos tienen su lema.

Civilización y progreso es el lema del nuestro.

Adelantar es cosa excelente; pero falta saber dónde se va. Civilizarse, nada mejor; pero ¿dónde están las conquistas efectivas de la civilización?

Hemos progresado inmensamente, nos hemos civilizado de un modo asombroso, pero la lucha por la vida es cada día más cruenta y lo porvenir cada vez más incierto. Parece que la miseria y el dolor caminan al lado del progreso.

Hace unos cuantos años se le decía a un joven al lanzarle al mundo: *trabaja, estudia, lucha por el ideal y sé honrado*. Ahora se le dice: *no olvides que dos y dos hacen cuatro, y tanto tienes tanto vales*. Nuestros abuelos, peleando por la libertad y escribiendo versos románticos, sufrían los horrores de la vida con la esperanza de alcanzar la gloria, como los primeros cristianos soportaban los dolores del martirio con la esperanza de ganar el cielo.

Hoy la libertad es un recurso retórico que conmueve pocos corazones, y el ideal y la gloria dos cursilerías de las que se ríe cualquier jovenzuelo.

Los poetas, los que viven en el país del ensueño y en la religión de lo azul, creen ahora

...que una oda sólo es buena de un billete de Banco al dorso escrita.

La pobreza fué el ideal de los filósofos estoicos; pero aquellos hombres que vivían en palacios espléndidos y vastos como templos, no conocían más que la pobreza poética. Eran indigentes por el pensamiento.

Sócrates comía opíparamente a pesar de llevar los pies descalzos, y Diógenes, humildemente tendido al sol, se divertía haciendo frases para atraer las miradas sobre su tonel, situado a la sombra de un espeso bosque.

Oradores y peripatéticos eran unos aristócratas que entretenían sus ocios. Si al esclavo, al desgraciado que servía los caprichos de un amo, aquel que no tenía ni alma ni voluntad, le hubieran preguntado qué le parecía la pobreza, hubiese dicho que la encontraba horrible y detestable.

¿Puede sostenerse históricamente la moralidad de la pobreza? El estudio de nuestros pueblos y nuestros campos, ¿justificaría esta aserción? ¿Es verdad que la pobreza es la fuente del bien y la riqueza origen del mal?

Platón sostenía esta teoría paseándose bajo porticos de mármoles y en medio de una multitud de adoradores que besaban la huella de sus pasos. Marco Aurelio la repetía sentado sobre el trono más alto del mundo.

El mismo anatema que contra la riqueza lanzó Séneca, el más opulento de los romanos, fué repetido por todos los plétóricos monjes de la Edad Media.

La pobreza no es feliz ni moral, es abyecta y miserable. Mientras el rico se entrega a la orgía, el pobre, hambriento, ó muere maldiciendo y amenazando, ó se encanalla y roba.

Las lecciones de los moralistas no han servido para nada; las mismas locuras, las mismas malas pasiones, los mismos errores se reproducen de siglo en siglo, y si el género humano es tan vicioso como otras veces, no será por falta de advertencias, sermones y elogios predigados a la virtud.

Se nos ha enseñado a mirar hacia adelante; hemos visto las negruras de la miseria, y nos hemos vuelto egoístas y canallas.

¡Adelantar, civilizarse!

¿Qué efectos produce la instrucción entre los artesanos y los proletarios?

Desarrolla el talento, no la virtud. Todos los estafadores saben leer y escribir. Los crímenes contra la vida los cometen los ignorantes.

La gente bien educada comete los crímenes contra la propiedad, se prostituye moralmente, comercia con las ideas, explota la desgracia y sustituye la conciencia con el cinismo.

La sociedad progresa, pero menos de lo que se cree.

La civilización peca contra la gran ley que preside el desarrollo del organismo social.

La ley del equilibrio.

Levantad escuelas, instruid al pueblo, que no será ni más feliz ni más virtuoso si el equilibrio de su vida no le ofrece horas de reposo, placeres domésticos y un porvenir para la vejez.

La filosofía de las clases pobres está todavía por hacer.

Se sabe que la instrucción es la felicidad del espíritu: pero el espíritu no puede ser feliz cuando el hambre araña en el estómago.

Comenzó el siglo pidiendo civilización y progreso, y se burló sin piedad del pasado. Ahora se dice que retrocede hacia el misticismo, hacia la fe. Es indudable que este siglo descreído y escéptico, morirá rezando, repitiendo a gritos:

Señor, danos el pan nuestro de cada día.

RICARDO FUENTE

FEROCES

—¡Mariachu!
—Jauna.
—Vaya usted a la papelería de la esquina y tráigame papel y sobres.

—Bey, Jauna.

Y salió Mariachu y se llevó al perrillo. Chirichi le llama; es un animalito que la quiere como a una madre. La expresión no es exagerada ni caprichosa, porque María, cuando el perrillo nació, le dió el pecho un mes.

A los diez minutos de salir de casa volvía la pobre con el perro en brazos y llorando. El animalito estaba con los ojos en blanco, temblando y moribundo. ¿Qué había pasado? Lo de costumbre. Un muchacho, a la puerta de la papelería, le dió una pedrada al perro que lo dejó medio muerto.

«Por qué? Le había atacado? ¿Mordido? ¿Molesto? Nada de eso. Se hace el daño por hacer daño. ¿No he visto yo desde mi balcón al gran Turco, el hermoso perro del impresor Pozo, un terranova magnífico, pacífico, guardián tranquilo de la casa, tendido al sol delante de la imprenta, recibir una terrible patada de un bárbaro del Norte?»

El perro dormía en la acera. Pasó un hombre, le miró y le hundió su enorme pie en la cabeza. ¡Y los chiquillos y las niñas se rieron mucho!

En verano perseguíamos un amigo y yo a los muchachos que se entretenían en matar golondrinas. No se les ha ocurrido a sus padres decirles que la golondrina es un pájaro sagrado en todos los países del mundo.

Vienen los días de nieve. Alicaídos y buscando que comer bujan los miserables gorriones a la calle. Estos pájaros son los amigos del hombre en toda Europa, tienen costumbre de que les echen pan los niños en los jardines públicos. En Alemania, en los *restaurants* del campo, llegan hasta muy cerca de las mecas, porque saben que los concurrentes les han de dar algo.

Y luego sorprenderá que personas ilustradísimas, letradas, cristianas y que pasan por tener buen corazón, digan públicamente que si hay martirio en las prisiones donde se encierra a los enemigos de la sociedad, debe haberlo, y que debían atormentarlos, y atazarlos y emparedarlos! ¿Pero no hay una ley? ¿No basta la muerte?—No señor, exclaman, sin comprender que el martirio produce millares de nuevos sectarios; hay que hacerlos pedazos!

Eterna nota característica de nuestra manera de ser. A los cinco años nos llevan al tendido de la plaza de toros, nos acostumbra a ver a los caballos pisándose las tripas, a los picadores medio muertos, a los espadas muertos del todo... Venos todo esto convertido en fiesta y alegría; oímos en la mesa, en la escuela, en la reunión de familia relaciones de guerras civiles, horrores de los cabeceillos, proezas de hermanos contra hermanos. Leemos en las Historias de España narraciones de autos de fe, de crueldades espantosas en los Países Bajos, de hecatombes de indios en Méjico y en el Perú por los conquistadores. Nos llevan el día consagrado a la memoria de los difuntos a ver a Don Juan Tenorio contando sus mil crímenes, seduciendo monjas, insultando a los que mató en el mismo cementerio. ¡Oh, qué bonito! Nos educan para feroces, y así hemos sido siempre, y por feroces perdimos Flandes, y las Colonias, y las provincias de Europa, y lo perderemos todo!

—¡Ah, señor cura!—le decía yo a uno que es muy amigo mío y con el cual doy mis paseos en invierno.—¡Qué pena me da ver que los niños tengan gustos feroces, no solamente aquí, sino en toda la Nación! Véalos usted, todos jugando al toro y a la guerra...

—Tiene usted mucha razón—decía mi respetable amigo;—pero como aquí vivimos entre corridas y guerras civiles...

Y luego nos espantan los que defienden y propagan todo lo contrario! Feroces éstos, feroces aquéllos, *fináticos* todos. A centenares echó liberales a la sima aquel que aun vive, y a centenares quiere matar ciudadanos el que arroja la bomba.

Matar por matar, hacer daño por hacer daño... y sobre todo impunemente. ¡Ahí está el perro grande, dormido al sol; ¡dárle una patada! Ahí va el espada a trastear su toro; ¡a ver si hay hule! Ahí han oído a un fanático rojo, que será confesado tal vez por un fanático negro, ¡que los hagan pedacitos y los quemen!

Y después, todos a la misa de doce, y todos discípulos de Cristo.

Y a la tarde, a bofetadas por una barreira, a enroquecer pidiendo *más caballos*; y al día siguiente, al leer en el programa del concierto: *Preludio de Lohengrin*, de diez señoritas hay nueve que dicen:—¡Tarde de latas!

Chirichi ha muerto, Mariachu llora... EUSEBIO BLASCO

REFORMA URGENTE

LA PRISIÓN PREVENTIVA EN ESPAÑA

En los demás países civilizados, la prisión preventiva se aplica sólo a los ladrones, asesinos, monederos falsos etcétera, pero en España los escritores honrados é ilustrados, cuando se les procesa son tratados casi casi como criminales de delitos comunes, haciéndoles sufrir tres penas sin haber, muchas veces, cometido ni siquiera una falta; la primera pena es la privación de la libertad; la segunda el hallarse entre ladrones y asesinos; la tercera la pérdida de la salud y hasta de la vida, sin haber cometido otro delito que la de emitir su opinión sobre asuntos políticos y religiosos que a nadie se obliga a leer.

Las causas que de aquí se han originado han sido, casi siempre, resueltas favorablemente para los procesados.

En los demás países, los presuntos delincuentes por cuestión de imprenta, excepto los casos de lesa Majestad ó graves calumnias, son citados por el juez a dar explicaciones, y si éstas no son satisfactorias, el juez le notifica el procesamiento, pero nunca los manda a prisión preventiva en inmundas cárceles, verdaderas pocilgas como la de Málaga, indigna de un país culto y de una ciudad tan importante en contacto diario con todo el mundo civilizado.

Generalmente los delitos de imprenta se castigan con imponer al autor una multa más ó menos crecida, ó en caso de prisión, la ha de sufrir en una cárcel a propósito para personas decentes.

Que esos actos de lesa humanidad pasen en el país de la hidalguía y de la caballerosidad por excelencia y en el que se tiene una idea tan elevada de la dignidad humana, esto es el *non plus ultra* de la anomalía, un contra sentido hijo de un dualismo incomprensible. ¡Vivir para ver!

Es más, los españoles tienen fama de ser galantes con el bello sexo: pues bien, hasta distinguidas escritoras han sido encarceladas por supuestos delitos de imprenta. Y luego dirán en el extranjero que los españoles son revolucionarios é ingobernables, mientras que, por el contrario, son los más sufridos, más pacientes para aguantar injusticias y vejámenes, tanto de la administración como de la reacción imperante!

En fin, lo que pasa en España con los escritores honrados é ilustrados, supuestos delincuentes de imprenta, es un verdadero atentado contra el derecho de gentes, acto de lesa humanidad que pugna abiertamente con la civilización moderna.

No comprendo cómo la prensa y el pueblo liberal no hayan trabajado con más energía hasta obtener la reforma de la ley de enjuiciamiento sobre prisiones preventivas. ¿Dónde está el compañerismo

mo y qué defensa encuentra el periodista preso en sus colegas?

¿Qué hace la prensa en favor de los periodistas que indignamente sufren, más que por la perversa maldad de una sociedad injusta, por la glacial indiferencia de un organismo que desconoce por completo al espíritu de asociación y la mutua ayuda que recíprocamente se deben sus individuos?

P. GAGEL

(La Unión Mercantil, Málaga.)

JUAN DE DIOS (1)

FRAGMENTO

I

Eran tres: él robusto, musculoso, piernas de acero, pecho de coloso, el cráneo pequeño, el pelo oscuro, la frente noble, el entrecejo duro y el mirar recogido y caviloso.

La mujer, rubia, débil, aviejada en plena juventud, siempre entregada de su hogar y su oficio a las funciones, era áspera de piel y de facciones y dulce de carácter y mirada.

Y carne del esposo y de la esposa, un niño, criatura deliciosa, que cruzaba del patio los corrillos dejando caer dos mocos amarillos sobre unos labios de color de rosa.

Libre y suelto creció como en los prados crece la flor; sus padres, obligados a ganar en la fábrica el sustento, no gozaban la tregua de un momento para ofrecer al niño sus cuidados.

¡Cuidarle!... De ocasión no disponían. Luego que sus faenas concluían, llegaban a la casa tan rendidos, que si al muchacho acariciar querían cortaban sus caricias los ronquidos.

¡Tiempo para quererle!... Ni siquiera para ellos lo tenían, porque no era su conjunción amor, sino tropiezo; que no es amor gritarle al sueño:—¡Espera!—y abrazarse en la pausa de un bostezo.

Los domingos tan sólo, a la mañana, cuando ella abría alegre la ventana, y él le gritaba, «Vuelve, que no hay prisas», se cobraba de toda la semana con un festín de besos y de risas.

Y una vez su apetito, su derecho a quererse y gozarse, satisfecho, al niño de la cuna levantaban, y echándole desnudo sobre el lecho juntos, como tres niños, retozaban...

Luego, cuando de limpio trajeado se iba el hombre a la calle acompañado de vecinos de barrio y de talleres, marchábase ella con el niño al lado al patio a murmurar con las mujeres.

Y al niño entre sus brazos recogía, y una vez que en sus brazos le tenía, de tal delirio se mostraba presa, que le daba más besos en un día que a su hijo, en todo un año, una burguesa.

Así de la semana, sin variantes algunos, transcurrían los instantes, el ocio corto, la faena larga, un día para ser padres y amantes, los otros para ser bestias de carga.

Diez años para el niño se cumplieron, y al cumplirlos, sus padres decidieron, siguiendo las costumbres de la clase humilde y resignada en que nacieron, que a ganar su jornal les ayudase.

La infancia del obrero es tan menguada, que cuando aun en su boca la rosada huella del pecho maternal se advierte, ya queda su existencia condenada a luchar cuerpo a cuerpo con la suerte.

Su pan desde pequeño ha de buscarlo, con sus propios esfuerzos conquistarlo, y, cumpliendo esta ley, ya que tal nombre se da a estafarle la niñez a un hombre, entró el chico en la fábrica a ganarlo.

Y acabó su niñez... Cuando venía por el Oriente el resplandor del día, a una voz de su padre enderezaba sobre la cama el cuerpo, se vestía, y el paso hacia la fábrica guiaba,

dando a su esbelta é infantil figura de un hombre hecho y derecho la apostura, y cruzando por medio de las gentes con la blusa amarrada a la cintura y un cigarro encendido entre los dientes.

JOAQUÍN DICENTA

SED AMENOS

Lo ha dicho un escritor, según parece ilustre, al tomar posesión de un sillón académico. «Sed amenos si queréis que se os lea»; y yo añado: «sedlo, si queréis que se os mime, agasaje y adule.» Después del frac, nada hay que dé más y mejor de comer que la amenidad.

Pasó el tiempo de Lamartine y Alfred de Musset, de Byron y de Espronceda. Hoy la gente quiere reír, reír a toda costa; lo cómico está en alza; lo serio, como un plato de habas, no seduce, empalaga, y deja sabor amargo en el paladar. Mas no vengáis con sátiras de corte clásico, con ironías de alta escuela, con humorismos exóticos; queremos reír a carcajadas, sin saber de qué, a mandíbula batiente, porque esto es cómodo y capta simpatías.

No queremos llorar en el teatro, porque la mayor parte de los españoles llora en su casa a chorros; no queremos los rasgos ingeniosos de un Garrik ó un Novelli. Plácenos ver a Riquelme estornudar, a Mesejo bailar, darse con las paredes a Julio Ruiz. Eso, eso es arte,

(1) Del libro *Desnudos* próximo a publicarse

y gracia, y chispa, y sobre todo, va a alguna parte.

Pues ¿y la música? ¿Hay algo como el tango de la *pobre chica* y la canción del *riquirín*? Sed amenos; sobre todo la amenidad, y leña al que no quiera reírse como los soldados rusos a toque de corneta. Abajo lo serio; la risa es la característica de la racionalidad; los burros no se rien, si bien tampoco conocen la pena de muerte.

La novela realista es el género literario por excelencia, y, principalmente, la novela cómica, pero no a lo Scarrón, sino a lo Henri de Koch. Hay que leer una y mil veces de qué modo se hace la bestia con dos espaldas: esto no es instructivo, pero es ameno y está al alcance de los estudiantes de Villabruta y de las modistas sensibles. Nada de libros serios en los cuales hay algo que estudiar. ¡Estudiar! Palabra odiosa. Sin estudiar se hacen las obras difíciles como los versos a la vecina y al cesante y a la suegra, y las narraciones pornográficas para uso de Lovelaces impúberes y doncellas cloróticas. Eso es lo difícil. ¿Hay algo más difícil que ser ameno?

La amenidad es algo de y para la vida. Hay que ser ameno en sociedad; pensad en Schopenhauer ridiculizado en una reunión de fabricantes de medias y gorros de algodón. Es necesario hacer reír, pero reír hasta el espasmo, y luego reír todavía hasta morir riendo. El secreto de don Juan no fué, como supone Roure, tratar a las panaderas como duquesas y a las duquesas como panaderas; fué ser ameno. Las mujeres perdonan que se las odie, pero no que se las aburra; olvidan la ofensa, jamás el ridículo. ¿Queréis ser amado? Sed divertido, ocurrente, ingenioso. Haced reír aun cuando sea saltando sobre los muebles.

La risa lo es todo, el *alma mater*, el *Deus ex machina*, el *fac-totum*, el *spiritus intus*. Suprimid la risa y habréis suprimido la creación. La luz es un espasmo del éter; el movimiento una carcajada de la materia radiante; el pensamiento es un cosquilleo de la sustancia gris. Olvidad estas máximas y os quedaréis sin amigos. Si se busca a los ricos, es porque hacen amena su compañía. En la calle hay que hablar alto, dirigir frases hechas a las mujeres, molestar a los transeúntes, pero hacer todo esto con gracia. Si hoy hubiera gladiadores, no se les exigiría al morir postura artística, sino postura amena.

Comparad a un Rioja con un Quevedo, y decidme cuál es más popular. Quitad al país el consuelo de reír a costa de la autoridad en los diarios, en los cafés, en los espectáculos, y apenas si conocerá que es libro. Quitadle la taberna, los toros, las percalinas, y conocerá en seguida que no está en el mejor de los mundos posibles y que falta algo y aun algo a su bienestar y perfeccionamiento.

La intolerancia religiosa, los idealismos, el arte romántico, el poder despótico han llevado la seriedad a un extremo tal, que hoy ha venido una reacción en pro de lo que rompe esos moldes; y una vez rotos, y rotos con justicia, hemos caído en el extremo opuesto, y no acabaremos hasta convertirnos en payasos; pero lo que es más triste, en payasos idealistas, románticos, supersticiosos y serviles.

Lo cómico nos seduce, lo ameno nos cautiva, y en tanto que las naciones germánicas se preparan en serio a ceñirnos su yugo, las naciones latinas esperan en los cafés, en los cabarets, en los boulevares, la ocasión de prorrumpir entre carcajadas y contorsiones grotescas el consabido grito: *¡A Berlín!* coreado por la marcha de Boulanger y el paso doble de Cádiz.

Sed amenos: tal vez lo Inconsciente de Hartman, la Voluntad de Schopenhauer, lo Incognoscible de Spenser, lo Indiscernible, lo Absoluto, lo Infinito, no es sino lo Ameno. Ríamos, ríamos, y cuando acabemos de caer en el lodo arrojados a puntapiés por los que nos acechan, procuraremos no echarnos a llorar, porque resultaríamos muy ridículos.

C. CH. F. SCHULLER

He recibido por el correo una carta extraña firmada por *Un ladrón*. Suprimo de ella los cumplimientos, el preámbulo, y las palabras ociosas. Se queja de su clase no tenga periódico, ni club, ni medios de manifestar sus aspiraciones, y me elige como intermediario para dar publicidad a sus ideas, por constarle que no tengo quejas ni miedo de los ladrones.

«Usted sólo posee algunos libros, y no quitamos eso, dejándolo para que lo roben las personas honradas. Crea usted, escribo el ladrón, que no robamos ideas, inéditas ni impresas. Siempre hemos respetado la guardia del escritor: éste sólo tiene en vida y en muerte dos enemigos: los bibliófilos y los ratones. ¿Qué inconveniente puede usted tener en prestarnos el servicio que reclamamos?»

SECCIÓN AMENA

CARTA DE UN LADRÓN

He recibido por el correo una carta extraña firmada por *Un ladrón*. Suprimo de ella los cumplimientos, el preámbulo, y las palabras ociosas. Se queja de su clase no tenga periódico, ni club, ni medios de manifestar sus aspiraciones, y me elige como intermediario para dar publicidad a sus ideas, por constarle que no tengo quejas ni miedo de los ladrones.

«Usted sólo posee algunos libros, y no quitamos eso, dejándolo para que lo roben las personas honradas. Crea usted, escribo el ladrón, que no robamos ideas, inéditas ni impresas. Siempre hemos respetado la guardia del escritor: éste sólo tiene en vida y en muerte dos enemigos: los bibliófilos y los ratones. ¿Qué inconveniente puede usted tener en prestarnos el servicio que reclamamos?»

Justificada mi neutralidad é intervención, transcribo la carta sin comentarios.

«La justicia nos persigue, y hoy que todos hablan, sólo á nosotros se nos niega la palabra: todo se defiende menos el robo, con el nimio pretexto de estar penado por la ley. ¿Acaso lo estuvo y lo estará siempre? Somos ilegales, es verdad, pero aspiramos á no serlo. ¿Cómo podremos ocupar algún día el gobierno y practicar nuestros ideales, si no se nos facilitan los medios para ello?»

Si cada duro estuviera en el bolsillo de su dueño, y cada finca perteneciese á su verdadero propietario, en buen hora que la sociedad defendiera una propiedad tan ordenada. Pero, ¿por qué escandaliza tanto el robo? Porque vulnera la santa propiedad. No investigaré el origen de ésta: pero, hablando de lo que entiendo, haré un cálculo irrefutable. Desde tiempo inmemorial existen ladrones en el mundo: nuestro gremio es uno de los más antiguos: se roba en el mundo por millares de hombres hace miles de años. ¿En qué se convierte lo robado? En propiedad. ¿No es absurdo que se prohíba el robo de lo que fué robado? ¿No es seguro que el robo material, como lo practican nosotros, fué uno de los orígenes de la propiedad legal? No concibo cómo una sociedad fundada en tales bases tiene tal aversión á los ladrones. La propiedad es respetable para nosotros, como unos de sus fundadores; todo lo que le quitamos se lo volvemos á restituir.

Y si de los que robamos por oficio, pasamos á los que roban por ocasión con la ganancia de la ley; el tutor que derrocha la dote de la huérfana; el administrador judicial que escamotea una finca; el que abusa de la amistad; el usurero que arruina á sus clientes con fórmulas legales, y cuantos roban en justicia y tal vez administrándola, no me explico por qué está mal mirada una profesión que ilustra, practicándola, tantos personajes respetables.

El hurto está prohibido en los mandamientos de Dios, dirán algunos. Es verdad. Pero habiéndose anticuado lo menos siete de esos diez mandamientos en las leyes humanas, ¿por qué se ha de hacer excepción en perjuicio del arte de hurtar?

Todo el que entiende de leyes sabe perfectamente que las escritas para perseguir el robo, si castigan al que roba con franqueza, sirven de barrera y resguardo al que hurta é despoja hábilmente á los demás. Yo sé que el legislador no lo quiso así: pero si las mismas leyes hechas contra el robo, en vez de evitarle se convierten en métodos para privar al prójimo de lo suyo, ¿qué se ha conseguido con ellas? Dividimos á los ladrones en dos clases. Ladrones consentidos y respetables, y ladrones perseguidos y ruines. Los primeros practican el arte superior: los segundos robamos al menudeo.

¿Qué roban aquellos? Casas, cosechas, acciones, derechos y territorios; lo que nadie podría usurpar á otro, si no tuviese tras sí, para ayudarle á entrar en posesión de ello, los tribunales y la fuerza pública. ¿Qué robamos nosotros? Monedas, alhajas, muebles, ropas y algún papel; es decir, lo que se oculta fácilmente, lo que puede el ladrón guardar en su bolsillo ó cargar sobre sus hombros, burlando á los agentes que le vigilan y persiguen. Créame usted, miserias.

Nosotros somos necesarios; si nos declarásemos en huelga, si renunciásemos al oficio, ¿qué pretexto tendrían para seguir cobrando el sueldo y paseando su uniforme por las calles, inspectores, guardias y tantos funcionarios de policía? Para proteger las vidas son inútiles; siempre llegan tarde. Por nosotros y contra nosotros, subsiste esa antigua y sabia institución. Y es que nadie se fija en este axioma: los robos bien hechos no los descubre nadie; los robos mal hechos cualquiera los descubre.

Créalo usted, robamos por necesidad, como las hormigas, los pájaros y casi todos los vivientes. Estos, como nosotros, se han encontrado todos los bienes de la tierra acaparados, y no tienen otra disyuntiva que robar ó perecer.

La vida es cara aun para el ladrón; creen ustedes que no tenemos sino tomar aquello que necesitamos ó nos gusta, allí donde se encuentra; tomamos lo que podemos, en donde nadie nos albea. Y después de tomado y convertido en nuestro, no puede usted imaginarse lo mucho que nos roban las gentes honradas; nos dan algodón por hilo, esparto por seda, cal por harina, agua por vino, gato por liebre, vara por metro, libra por kilogramo, y viuda por doncella.

Los antiguos eran más justos con nosotros; dieron á un dios, Mercurio, entre otras altas cualidades, la del robo. Dirán ustedes que si fué oficio de un dios pagano, claro está que no deben ejercerle sino personas importantes. Por eso sin duda no nos permiten que los hagamos competencia.

Un funcionario se marcha con los fondos confiados á su custodia: á eso se le llamaba robo antiguamente y ahora se le llama irregularidad. ¿No podía inventarse un nombre más suave para expresar la sustracción de relojes, pañuelos y dinero, que nosotros efectuamos? Ellos sólo cometen un grosero abuso de confianza, y nosotros robamos con arte, habilidad, gracia y ligereza.

Se encantaría usted de ver robar á un amigo mío: nadie le iguala en tino para averiguar en qué parte del vestido tienen el bolsillo las señoras: es de admirar con qué miradas tan amorosas las distrae, cómo las conquista y les saca el portamonedas. ¿No es esto un idilio?

Nadie usa de tanto ingenio, talento de observación, sagacidad y conocimiento del hombre, como nosotros para apoderarnos de lo que más se guarda y estima. Es indudable que en la escala social estamos postergados sin motivo.

Dignifíquese nuestro oficio y todos ganaremos: consiéntase nuestra profesión, y por la tercera parte de lo que cuesta la policía que nos persigue, aseguraremos á todos contra el robo que se teme de nosotros.—Un ladrón.»

No me atrevo á emitir opinión sobre el asunto. La carta que he insertado me parece subversiva. La entrego, por lo tanto, á la justa indignación de las honorables personas á quienes ataca.

José FERNÁNDEZ BREMON

De vuelta de la siega

Ya vuelven los segadores, con su rostro apergaminado, negruzco á trozos, á trozos coloreado de encarnado sucio, la hoz al hombro, el miserable traje de lienzo crudo hecho griones, los pies medio encubiertos por destrozada alpargata, y todo su ser con la expresión más clara de un cansancio abrumador.

Y, sin embargo, están contentos. Llevan en una bolsita mugrienta, que

esconden cosida á la camisa rozando con la carne, el ahorro de la temporada de siega, diez, doce ó quince duros! condensación de millares de gotas de un sudor ardiente, que arranca el trabajo á sus demacrados cuerpos.

Pero están contentos. ¡Quince duros en plata!... Para pasar el invierno.

Trescientos reales suponen mucho en la casa de un pobre.

Mientras ellos en la siega, no habrán pasado hambre los suyos.

Espigando las mujeres y trillando los hijos, si tendrán qué comer, si, porque Dios no los habrá olvidado.

Faltan treinta leguas para llegar al pueblo. En tres días se andan. Se pasan pronto.

¡Y qué deseos de abrazar aquellos seres queridos! Y después, cuando les pregunten «¿qué tal ha pintao la siega?», y saquen las bolsitas y las vacien sobre el tajo de madera que les sirve de mesa para comer, y vean caer los duros de plata produciendo ese sonido metálico, alegre, tan simpático á todos, pero más, infinitamente más al pobre; y cuando el hijo más pequeño, el que apenas sabe decir «papá», tome uno con sus manitas pálidas y diga: «¡Yo tero uno!», y á la esposa le bailen los ojos de alegría, y luego los recoja todos y los guarde con amoroso mimo en lo más hondo del arca, donde guarda las mejores ropas... ¡ah! entonces, con la dicha que el segador ha llevado á su casa, tiene bastante como resarcimiento á todas las penas y dolores que en los campos pasó, bajo un sol de fuego que provocaba gruesas gotas de sudor que, al condensarse, iban convirtiéndose en monedas de plata.

Y mientras tanto, allá en la playa, alrededor de una mesa con tapete verde: —Esas mil pesetas, al 25 en pleno.

José GONZÁLEZ CASTRO

Cosas Literarias y Artísticas

LOS SIETE CASTILLOS DE S. M. EL DINERO

El dinero es el rey de estos tiempos, han dicho y dicen muchas gentes.

Con efecto, no hay monarca que tenga tantos cortesanos como él, ni cuya soberanía se asiente sobre tan firmes cimientos.

A su presencia alégranse los corazones. No teme á los motines ni á los cambios de dinastía.

Pasan las generaciones, las costumbres, las modas, y las estaciones pasan: él permanece.

Sus súbditos mueren: él es inmortal.

Pero, en cambio, ese soberano tan respetado es esclavo de su propia grandeza.

Le guardan, le vigilan, le siguen los pasos, y apenas ve la luz un momento, se ve precisado á encerrarse en uno de sus castillos.

No porque hablo de castillos vayáis á pensar que se trata de moradas espléndidas, adornadas con todas las comodidades de la opulencia y todos los resplandores del lujo. No hay monarca más poderoso que el Dinero ni que viva con más modestia.

Si queréis convencerlos de la verdad de mi afirmación, hacedme el favor de venir conmigo á visitar los siete castillos de S. M. el Dinero, dignos *pendants* de los del rey de Bohemia.

El primer castillo es la bolsa, y no vayáis á confundirle con otro edificio del mismo nombre por el cual suele pasar el Dinero con frecuencia, pero sin detenerse jamás.

La bolsa es el antiguo Louvre de la moneda de cinco céntimos.

El monarca no salía de allí antiguamente sin grande ceremonia y aparato.

Era necesario ante todo echar el puente levadizo, es decir, descorrer los anillos para penetrar hasta el sitio donde S. M. se hallaba y obligarle á salir.

En aquel tiempo las fortunas se labraban lentamente, y con la misma lentitud se desmoronaban. Viajaba el Dinero entonces en galera; hoy lo hace en ferrocarril. ¡Y Dios sabe cuántas veces ha descarrilado!

Cambiaron los tiempos, y á la bolsa sucedió el portamonedas.

En este castillo se penetra con más facilidad que en el anterior. Basta con apretar un resorte, y ¡crac! la puerta se abre.

Este resorte suele ser movido, ya por la vanidad, ya por la ambición, ya por el amor.

Al decir el amor, doy á esta palabra la acepción moderna. Se trata de un amor imitado, de un amor falso como los diamantes americanos.

La vanidad y la ambición son los parásitos favoritos del portamonedas, que traen y llevan á su señor donde se les antoja.

En estas idas y venidas S. M. suele tropezar y caer en el lodo; pero pronto sigue su camino tan ufano como al principio, porque el dinero tiene el privilegio de no ensuciarse jamás.

El tercer castillo pudiera denominarse de Tántalo.

S. M. se digna exhibirse ante las miradas de la multitud á través del escaparate de un cambiante.

¡Qué magnanimidad! ¡Contempladle!

Un pobre diablo que pasa por la calle, olvidado de su miseria, se detiene de repente. Ha herido su vista el reflejo de la esportilla donde descansa S. M.

Al momento se disipa su tranquilidad y se torna meditabundo y caviloso; ¿en qué pien-

sa? ¿En qué piensa delante del escaparate de una fonda el que no se ha desayunado?

¡Señor, mande V. M. á sus arquitectos que derriben ese castillo! ¡No puede V. M. figurarse los malos pensamientos que hace brotar vuestro aspecto tentador!

Aquel infeliz que os contempló por la mañana, encuentra al volver á su casa por la tarde, que su habitación es más fría y su alimento más miserable que el día anterior.

¡Dígnate, señor, disponer que derriben ese castillo.

En el cuarto castillo, al menos estáis mejor. No hay para el dinero como una buena caja de hierro.

En ella el dinero se asemeja al rey Luis XI. Comprendiendo que hay muchos quejosos de sus tiranías, se pone al abrigo de cualquier atentado y se esconde tras una multitud de rejas, cerrojos, contracerrojos, llaves, cerraduras secretas y todo el arsenal acostumbrado.

La mecánica ha hecho grandes progresos en estos tiempos, pero nuestro Luis XI no duerme tranquilo.

Aquellas complicadas y fortísimas cerraduras no suelen servir de nada.

Las empresas del señor por un lado, y la coquetería de la señora por otro, son los ladrones de la caja que no han menester ganancia para robar.

Un negocio ó un aderezo bastan para desocupar la caja más repleta.

Sic transit gloria mundi.

Por lo demás, cada cual hospeda á su manera al soberano, porque, como príncipe popular, éste honra á todos con sus visitas.

Ved lo que hacéis, señor, al penetrar en el quinto castillo, que es como la cueva del león de la fábula. La entrada es fácil, pero no la salida.

Es el castillo de la avaricia. Si en él entráis, pasarán días y meses, y años, sin que volváis á ver la luz del día.

En vano llamará á vuestra puerta la desgracia; el dueño de la casa es sordo. En vano llamarán el placer y las tentaciones; Harpagon no tiene más que una tentación y un placer: guardar á V. M.

Al lado de esta prisión se alza el sexto castillo, el de la prodigalidad; los extremos se tocan.

Este es el más curioso de todos. Su propietario, no disponiendo de medios para sostener su castillo, deja que se desmorone; de modo que no queda de él más que una ventana.

No necesita más su dueño. Dicha ventana cae á un frondoso jardín; al jardín de la prisión por deudas.

¡Cuán de prisa salta V. M. por ella!

El séptimo castillo es el más modesto y el más grande al mismo tiempo. Está formado por cuatro tablas, y es el castillo de la caridad, el cepillo de los pobres, donde el dinero se purifica de sus manchas.

Allí viven las esperanzas de las madres, la alegría de los niños, la resignación, la misericordia y el perdón.

—Señor, yo os ruego que visitéis con frecuencia ese palacio. No es la sensibilidad vuestro flaco, y no mostráis interés por ninguna cosa, sino al 5 por 100.

Mucho bien podéis hacer, señor. Hacedlo, y vuestros pecados,—que son muchos— os serán perdonados.

PEDRO VERON

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas francas de porte y certificada.

Para los suscriptores á **EL MOTIN** á 10 céntimos, cargándose únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

O TONTO, O PILLO

El Siglo Futuro ha publicado un escrito firmado por un D. Miguel Moreno Angulo, vecino de Velada (Toledo), diciendo que es republicano desde que tuvo uso de razón.

El escrito está consagrado á combatir á *El País* por el artículo que publicó, *El hermanito sarcunda*, reventando á ese peine que recorre los pueblos de aquella provincia transportando pijos y cometiéndolo mamarrachadas, entre las cuales se cuentan la de andar á pie, medio desnudo y cargado con una cruz de hierro y un saco lleno de andrajos, microbios y mendrugos, acostándose sobre una estera y bebiendo el agua en la palma de la mano.

En los ratos que le deja libre el feroz movimiento de uñas, se dedica á explicar los mandamientos de la ley de Dios, cual si los curas y frailes no supieran ó no quisieran hacerlo, y á charlar por calles, plazas y campos, á cuya charla llama el predicación, todo en estilo carlista y barriendo para el *Chapa*.

También, para disimular un poco la propaganda carcunda, visita á algún enfermo, llevándole, no medicinas, ni alimentos, ni ropas, sino consuelos espirituales, con lo cual escusado es decir que los enfermos recobran inmediatamente la salud.

Pues bien; á un imbécil ó á un gaudul de esa clase es al que elogia, ata-

cando á *El País* porque lo desenmascara, ese Angulo de autos, valiéndose para ello de *El Siglo Futuro*, y atreviéndose á decir que es republicano desde que tuvo uso de razón, sin advertir que su conducta desmiente que haya podido tener uso de razón jamás.

Agradecería á los amigos de Velada que me dijese quién es ese desdichado, (á menos que no sea una invención del periódico de Necedal), para recomendarlo al director del Manicomio que por vecindad le corresponda. Pues solamente un loco puede llamarse republicano y defender á holgazanes como ese Ortiz y Falcón, nombre á que responde el portador de parásitos, guñapos y tonterías.

NUEVA EDICIÓN

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

MR. LEON TAXIL

DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE PARÍS

Precio: 25 céntimos.—Para los suscriptores de **EL MOTIN**, 15.

LOS PRESIDIOS

Los filántropos de esta sociedad aseveran que las ideas modernas han dificultado los castigos, mejorado la condición del presidiario, y puesto á éste en condiciones de que pueda arrepentirse de sus pasajeros errores y extravíos.

Se dice y asegura por estos señores que las leyes, infiltrándose en el espíritu de progreso, en la ciencia moderna, más que el castigo lo que buscan es la corrección del delincuente.

Belleza tanta, sin embargo, no es verdad. Nuestros presidios son nauseabundas mazmorras, donde el desgraciado que va á purgar un delito sufre más, mucho más que el daño que haya podido causar.

Es decir, que la reparación no es tal reparación, sino horrible expiación que tortura, corrompe, denigra y siembra en el alma más tierna vehementes deseos de represalia.

En esos antros, afrenta de la civilización, oprobio de la moral, la existencia del recluso es un continuado martirio, que ni comprendemos cómo hay seres tan perversos que lo apliquen, ni hombres tan resignados que puedan soportarlo.

Algunos datos de lo que respecto á la horrible vida del presidio ha escrito hace años el director de uno de esos establecimientos penales, basta para dar idea de lo que en ellos ocurre:

«Los penados reclusos—dice—en Centa en el cuartel principal, en Tarragona, en Santolía y en Ocaña, necesitarían 165.300 metros cúbicos de aire, y según la fórmula ordinaria necesitarían 90.380, y resulta que no tienen más que 23.069, faltándoles, por consiguiente, según una fórmula, 142.231, y según otra, 67.311.

Dormitorios se llaman cuadras en la jerga presidial, y también se les designa con el nombre de brigadas. Es impropia la segunda palabra para nombrar los dormitorios del presidio, y resulta muy suave la primera para expresar lo que tales antros son. En cuadras viven las caballerías, en establos los buyes, en apriscos las ovejas, en pocilgas los cerdos y en jaulas las fieras. Pues mucho más duros y más perjudiciales, y más mortíferos y más inhumanos resultan los sitios en que los presidiarios pernoctan. Imposible formar idea exacta de semejantes sentinas sin visitas de noche, cuando los reclusos las llenan á la manera que multitud de fardos embutidos en estrecho é insuficiente almacén.

Es costumbre poner cerca de la puerta las letrinas ó zambulleros, y á corta separación, porque las dimensiones del local no permiten otra cosa, el recipiente del agua. Las vetas y hemiduras que á estos útiles acarrea el largo uso producen rezumaderos y charcos fangosos y excrementicios, que son nutridos manantiales de miasmas nauseabundos. Seguidamente á las tinajas y zambulleros se hallan las camas de la población penal.

La cama del presidiario es un asqueroso petate, que en invierno atrae la humedad y en verano llama de tal suerte á los insectos, que se convierte en inmenso nido de hemipteros, chupadores y parásitos. Por todo mulido un saco, con aspecto de rodilla por lo sucio y lo mugriento, lleno ó á medio llenar de paja trillada y húmeda; por cabezal una asquerosa arpillera, depósito excretor de la caspa, del sudor y la miseria; por abrigo un acorillado harapo que lleva el nombre de manta, y que debe durar seis años cuando menos.

El frío obliga á los confinados á engullirse en esos fétidos fermentos de porquería, que, con ser tan perjudiciales y nocivos, no todos disponen del que necesitan, lo cual hace que en el de uno pernocten dos ó más. El hacinamiento forzoso da de sí ayuntamientos voluntarios que destilan la mas brutal corrupción. Muerto el sentido moral, sólo se atiende á los instintos del cuerpo; y como el frío azota la sombría cuadra, los encuadrados se amontonan para contrarrestar la intemperie, mezclando en horrible mezcla sus desgracias, sus penas, sus vicios y maldades. ¡Y hay quién llame casas de co-

rección á esos lugares fangosos! ¡Y será posible que continúe por más tiempo la apatía! Si el sistema no se cambia, las reincidencias no deben extrañar.»

He aquí cómo describe los calabozos: «Mansiones del dolor condensado; remanentes de tristezas y de angustias; estanques de abominación; excores del presidio; lechos de maldad; extracto de morbo; noches perdurables y caliginosas; verdaderos sepulcros vivientes, mucho peores que los destinados á recibir los cadáveres, porque éstos al fin proporcionan el descanso. Esos son los calabozos de nuestros presidios.»

Y dice luego:

«Conocemos en el presidio de Burgos un calabozo que, á no haber visto á un recluso pasar en él varios días, hubiéramos negado fuese posible la vida en aquel tugurio sepulcral. El hueco de una escalera, un tabique y una puerta determinan el terrible cuartuchel. Dos metros escasos de longitud y un poco más de uno de latitud, las dimensiones del suelo. Por techo el plano inclinado que forma la escalera. La pared que toca al primer peldaño, metro y medio de altura. Y en semejante escondrijo un hombre, un petate y un zambullo. Al levantarse tenía que quedar encorvado porque el techo no le permitía la vertical, y al echarse había de estar encogido porque lo largo del suelo no llegaba á su estatura. La luz no podía ser en mayor cantidad que la que permitían pasar las rendijas de la puerta; para respirar, su propio aliento aspirado; el aire correspondiente á las dimensiones de la estancia, confinado con él, y las emanaciones del camastro y la letrina.»

Horroriza leer esto; y más aún al pensar que, por errores ó deficiencias de la justicia, pueda encontrarse en presidio un hombre inocente.

Cuando se examinan estas cuestiones, aunque sean someramente, se ve que aquí todo está por hacer, y casi se arrepiente el escritor de conciencia de perder el tiempo en discutir hombres y cosas pequeñas, habiendo tantas injusticias que condenar, tantas infamias que combatir, tantas miserias que remediar.

¡Qué gran misión la de la prensa, si se llenase con abnegación, con honradez, con valentía, sin temor á nadie, sin ceder por nada!

SUPERSTICION

A pesar de los muchos bienes que la sociedad moderna debe al influjo de la civilización y á la acción del progreso, todavía hay que lamentar que sea tan considerable el número de personas que viven sometidas á la esclavitud de la ignorancia, no en los países apartados de la corriente de la época, ni en los pueblos primitivos, sino en las naciones cultas.

Precisamente en la época actual se repiten con inusitada frecuencia los sucesos más estupendos, que revelan el arraigo que aún tienen la superstición y el fanatismo entre las gentes sencillas, propensas á creer en todo lo extraño, á admitir como hechos de absoluta evidencia las más burdas invenciones, y á atribuir caracteres de sobrenatural á los fenómenos más sencillos si la explicación de ellos no está al alcance de su limitada inteligencia.

Bien es cierto que no sólo las últimas clases sociales son las que pecan por este concepto. En la gran capital europea, en París, la superstición tiene numerosos prosélitos entre personas de rango y gentes de superior educación. Puede citarse como ejemplo, entre otros muchos casos, el de Mlle. Cuesdon, la famosa adivinadora, que casi á diario recibe la visita del arcángel San Gabriel, y á cuya evidente ciencia recurren damas distinguidas, conocidos literatos, y según diarios parisienses, hasta hombres de estudio, para conocer los secretos del porvenir.

Si tal sucede en una capital civilizada, en una ciudad como París, no puede extrañarnos que iguales manifestaciones de credulidad y superstición ofrezcan las gentes sencillas, especialmente los campesinos, en favor de las cuales hay la ignorancia en que viven por no haber recibido educación alguna cuya luz desvanezca el error de sus inteligencias.

Así se explica que ocurran casos como los que en estos días preocupan la atención pública en dos distintas y distantes comarcas de España.

En Murcia, con la iluminada de Lorquí, y en Allos, pequeño pueblecito de Galicia, en donde han aparecido los duendes ó unos espíritus desconocidos, á los cuales se les siente, pero no se los ve, que han tomado posesión de una casa, haciendo verdaderas diabluras.

En pleno día, manos invisibles atan á las gentes, arrojan patatas y piedras, que no se sabe de dónde parten, etc.; y hay una muchacha que ofrece todos los caracteres de estar encantada.

Y todo esto lo aseveran personas formales, incluso el cabo de la Guardia civil, y de la veracidad de hechos tan extrínsecos sale garantía en extensas cartas dirigidas á los periódicos, el propio señor cura párroco.

En pueblos donde tales cosas suceden, comprende lo fácil que es engañar á las gentes en materias de otra índole, para explotar en credulidad en beneficio de los hábiles. Y estos daños no podrán evitarse, sino propagando la instrucción y fomentando la educación popular, para lo cual no se necesitan tanto los planes y proyectos, como la buena fe y la acción inteligente.

EL NACIONAL

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, para los suscriptores de **EL MOTIN**

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo.
LOS REYES CON NUESTRO PADRE, con láminas.
LA INFAMIA DEL PARA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Sirosmayer.
JUDAS LA PERVERS, por Julio Fernández Miteo.
LA MUJER Y LA IGLESIA, por id.
MONTA SECRETA, ó INSTRUCCIONES RESERVADAS DE LOS SEÑORES.
LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y un verso, por el presbítero.
¿CÓMO ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz» de Lieja.

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.